
TIEMPO DE MEMORIA

Miguel Dalmau

PASOLINI

El último profeta

XXXIV PREMIO COMILLAS

TUSQUETS
EDITORES

MIGUEL DALMAU
PASOLINI
El último profeta

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2022

© Miguel Dalmau Soler, 2022

El Premio Comillas ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara

**FONDO ANTONIO
LÓPEZ LAMADRID**

DE APOYO A LA CREACIÓN LITERARIA

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-086-7
Depósito legal: B. 1.602-2022
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Pórtico	15
Paraíso	
<i>O Roma, o morte!</i>	23
La madre	26
Secretos de un matrimonio	30
De traumas clásicos	33
<i>Teta veleta</i>	35
Infancia y poesía	38
Lecciones de soledad	42
El pequeño artista	45
<i>Alma mater</i>	49
Otra forma de contarlo	51
Años decisivos	53
La guerra de papá.	57
<i>Poesía en Casarsa</i>	60
Las bicicletas son para el verano	63
De metafísica ligera	68
La judía de Ferrara	71
El amor de las amigas	74
Los turcos en el Friuli	80
La Academiuta	87
Reconstrucción en cámara rápida	91
Un maestro comunista.	97
<i>El sueño de una cosa</i>	101
Purgatorio	
Los fugitivos	107
Roma, ¿camino de salvación?	110

La confidente	115
Roma, postal del cielo	119
El Cavafis italiano	124
Unas rosas para Guido.	127
Incidente en Ramuscello	137
En el pozo de Rebibbia.	145
La lección del maestro.	148
El Virgilio de arrabal	151
El regreso del conde.	154
<i>La mujer del río</i>	156
¿Heraldo de fortuna?	159
Los anteojos de oro	162
Monteverde	165
El nuevo Eros.	170
Hacia <i>Chicos del arroyo</i>	173
El golpe	177
En el banquillo de los acusados	179
Y con él llegó el escándalo	182
<i>Las cenizas de Gramsci</i>	185
Extraño amor	190
Los fascistas también mueren	195
<i>Una vida violenta.</i>	198
Los comunistas llaman dos veces	202
Un hábitat con los Bertolucci	206
<i>La larga carretera de arena</i>	210
Los buenos bandidos son de Calabria.	214
De milagros perversos	217
<i>Si parla italiano</i>	219
Y los sueños cine son	221
Al servicio del mago	223
Juegos Olímpicos de Roma	225
El público también existe	229
Volando al cine	233
La Tigresa	236
<i>Accattone</i> (1)	240
<i>Accattone</i> (2)	245
<i>Mamma Roma.</i>	251
Un atracador llamado Pasolini.	258
Encuesta de amor.	264

En la Roma de Mussolini	268
La Pasión de un Cristo llamado Stracci	271
La sombra de la madre es alargada	277
A veces gran amor	281
<i>El Evangelio según San Mateo (1)</i>	287
<i>El Evangelio según San Mateo (2)</i>	299
Un rojo en Notre Dame	303
Moravia o el olor de la India	306
<i>Poesía en forma de rosa</i>	310
<i>Pajaritos y pajarracos</i>	314
<i>Fa male il teatro</i>	319
Un marxista en Nueva York	324
<i>Edipo rey</i> (el arte de saldar cuentas)	332
<i>Teorema</i>	339
La tormenta de 1968	344
Tigres de papel	353
<i>Pocilga</i>	357
El desencanto	359
<i>Medea</i>	362
Otro amor imposible	365
Poemas para una diva	369
La nueva prehistoria	371
La <i>Trilogía de la vida</i>	373
<i>El Decamerón</i>	374
<i>Los cuentos de Canterbury</i>	380
<i>Bye, bye, love</i>	386
<i>Las mil y una noches</i>	390
Infierno	
Camino de perdición	399
La torre herida	404
La última cruzada	407
Un infierno llamado <i>Saló</i>	409
El hereje, el profeta	422
La abjuración	425
Contra la televisión	429
El fascismo de todos	431
Réquiem por los chicos del arroyo	436
La rabia	439

La cuestión gay	443
La profecía	447
<i>Petróleo</i>	450
La conjura	456
El misterio	460
<i>Vulgar lengua</i>	463
El conde desnudo	466
Las últimas palabras	472
La noche que Italia murió	474
Epílogo	483
 Apéndices	
Obras de Pasolini	489
Índice onomástico	493
Agradecimientos	499
Créditos de las fotografías	501
 <i>[Fotografías]</i>	 <i>[320-321]</i>

Pier Paolo Pasolini vino al mundo en Bolonia el 5 de marzo de 1922, bajo el signo de Piscis. A un siglo de distancia no solemos recordar que aquel año fue crucial en la historia de Italia, y por extensión en el devenir del siglo XX. La situación del país se asemeja a un polvorín a punto de estallar: un conglomerado de fuerzas políticas concurren al asalto del Poder, entre ellas el partido fascista de Benito Mussolini. En el seno de su formación hay dos grandes facciones: la que aspira a alcanzar el poder por la vía legal y la que aspira a hacerlo por la vía violenta. Aunque inicialmente el futuro Duce no se pronuncia, lo cierto es que intuye que solo un golpe de fuerza puede levantar vientos favorables. Una mirada al tablero nos proporciona un escenario preocupante para la estabilidad del país: las derechas cansadas, el ejército derrotado, la izquierda titubeante, la monarquía rancia... La fruta está madura para la instauración del fascismo. En octubre de ese año tiene lugar la legendaria Marcha sobre Roma, que supuso una patada al tablero y dibujó de paso el paisaje humano y político donde transcurrirán los primeros veinte años de la vida de Pasolini. Antes de seguir, recordemos también que la toma del poder por parte de Mussolini generó unos ecos vibrantes en la Alemania de Hitler, con las consecuencias sabidas por todos. Sin fascismo no habría habido nazismo.

Entretanto, uno de los millones de italianos que reciben el cambio con los brazos abiertos es el padre de este niño nervioso y moreno que alegra los días e interrumpe sus noches. ¿Quién es este hombre que goza del inmenso placer de compartir el nacimiento del fascismo y la experiencia agridulce de la paternidad? Es un joven militar que ostenta el título de quinto conde de la Onda. Nacido en Bolonia en 1892, su infancia transcurrió en el recuerdo de «tierras y palacios» que su progenitor dilapidó miserablemente antes de dejarlo huérfano. El resto de su infancia el pequeño Carlo Alberto ya no pudo ser feliz,

porque estuvo en el regazo de una madre viuda que poseía un fuerte carácter. En una de las pocas fotografías que se conservan, el niño aparece junto a su madre —Giulia Drudi—, una dama delgada y esbelta que lleva un vestido de brocado y una corona condal de pequeños brillantes. Debemos añadir que la vanidad aristocrática poseyó al padre de Pasolini, y este a su vez hizo grandes esfuerzos para reprimir la propia a los ojos del mundo. ¿Alguien imagina a Pier Paolo Pasolini como el sexto conde de la Onda, título de la antigua nobleza de Rávena? Pues lo era. Viendo cualquier imagen del artista, prevalece siempre su rostro rudo y seco de campesino, pero una mirada más atenta nos habla de un porte singular, un estar en escena, un «algo» que quizá provenga de la nobleza de su sangre.

A la muerte de la madre, Carlo Alberto Pasolini quedó en manos de un tutor que gestionaba sus bienes. Cuando tuvo la edad legal de administrarlos, siguió el pésimo camino del padre, reconocido ludópata. En Bolonia se hablaba de su obsesiva afición por el juego, que supuso el tiro de gracia al patrimonio familiar. Arruinado, el padre de Pasolini abrazó la carrera de las armas. Como en el caso de otros nobles, aquella carrera suplió un destino que estaba marcado por la ruina económica. Se limpiaba así un triste pasado y se abría un horizonte lleno de promesas heroicas. Carlo Alberto las cumplió: marchó pronto a Libia para luchar en el Cuerpo de Infantería; tras estallar la Primera Guerra Mundial, se alistó voluntario en el Regio Esercito —el ejército del Reino de Italia—, donde fue promovido a alférez por méritos en combate.

No hay muchas imágenes del conde en su juventud. Una de las más elocuentes lo muestra con traje de baño integral de punto de media en una playa del Adriático. La fotografía no tiene fecha, pero dice mucho del tono vital del quinto conde de la Onda. El brazo derecho se halla oculto tras la espalda, la mano izquierda sostiene un cigarrillo encendido. Él mira de costado, evitando directamente la cámara del fotógrafo. Hay algo del Alain Delon juvenil en la pose, el rostro fruncido por el sol o por el deseo de darse un aire de dureza. Quizá no tiene más de veinte años. La imagen lo muestra robusto y fuerte, con los ojos límpidos y oscuros, los rasgos masculinos marcados como el epítome de la virilidad. No parece inquieto, pero sí ligeramente preocupado por algo que nunca sabremos. ¿Un ascenso en su carrera?, ¿un problema de dinero?, ¿mal de amores? No importa. Algo es seguro: es un italiano de pura sangre, orgulloso de su esencia de macho, de su firme caminar en el mundo.

Al terminar la guerra, este joven oficial se afiliará al partido fascista. Como bien sugiere el escritor Enzo Siciliano, no sorprende que el padre de Pasolini abrazara la causa de Mussolini: lo raro habría sido lo contrario. Después de todo, el fascismo parecía formar parte de su ADN: «Pertenece a su vanidad, a su evidente vitalismo, a lo sombrío de su mirada; y pertenece aún más a su desquiciada configuración social, a su aristocracia de sangre rechazada hacia la tierra yerma de la pequeña burguesía». En cierto momento Carlo Alberto es destinado al cuartel de Casarsa della Delizia: un lugar de frontera en la provincia de Udine, al noreste del país, en la región del Friuli.

Instalado en el cuartel, alterna sus obligaciones castrenses con los momentos de ocio, que aprovecha para confraternizar con las muchachas del pueblo. Una tarde conoce a Susanna Colussi, la hija mayor de un viejo clan de la comarca, y cae perdidamente enamorado de ella. El encuentro entre este apuesto militar, orgulloso de sus raíces nobles, con la joven menuda y bonita posee el sello de las colisiones astrales. Es fácil comprender la pasión de Carlo Alberto Pasolini: Susanna es una muchacha alegre que ejerce de maestra de escuela; le gusta el canto, escribe cuentos, compone canciones de estilo popular... Aunque guarda en secreto el recuerdo de un viejo amor desdichado, no ha perdido las ansias de vivir ni una capacidad de ironía que la hacen fuerte. Esta capacidad se verá puesta a prueba cuando tenga que enfrentarse a la tragedia de sus hijos. El gran karma de su vida.

La madre

Aunque algunos miembros de la familia Colussi sostienen que no fueron campesinos, lo cierto es que lo habían sido durante generaciones, como lo demuestra que en el escudo familiar figure una rueda de carro en el centro de un óvalo enmarcado. Sin embargo, la existencia misma de ese escudo y la antigüedad centenaria del apellido sitúan a la familia en un plano superior de la escala social. Sin llegar a ser nobles, los Colussi eran pequeños propietarios rurales en la región del Friuli, que gozaban del privilegio de explotar sus propias tierras. A principios del siglo xx, el abuelo Domenico supo adaptarse a los nuevos tiempos y montó una pequeña destilería de *grappa*; también se hizo con una trilladora a vapor que era todo un lujo en una zona esencialmente agrícola y varada en los umbrales de la Revolución Industrial. Gracias a esa iniciativa, los Colussi conocieron la prosperidad y llegaron a ser la primera familia de Casarsa.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, el rumbo se torció dramáticamente. A raíz de la durísima derrota de Caporetto —que facilitó la invasión del territorio por parte de las fuerzas del Imperio austrohúngaro— se produjo un éxodo en la región y los Colussi buscaron refugio en Ferrara. Cuando regresaron a Casarsa, el panorama había cambiado tanto que los viejos negocios dejaron de rendir. La crisis de posguerra hirió gravemente a la familia, que pudo renacer gracias a su estructura matriarcal. Aunque no podemos desdeñar el papel del patriarca Domenico y de sus dos hijos —tíos carnales de Pasolini—, el mando de la casa lo llevaba ahora la abuela Giulia. Era ella la artífice de la pequeña resurrección a la que contribuyeron también sus hijas.

Detengámonos brevemente en estas figuras del gineceo colussiano: Susanna, la más atractiva, era maestra de escuela y rezumaba alegría y determinación; Enrichetta era fuerte y bondadosa, y regentaba la

papelería del pueblo; en cuanto a la tercera hija, Giannina, fue un personaje un tanto excéntrico y aventurero, que pasó de tener peligrosas amistades femeninas a viajar una larga temporada por la Cirenaica —entonces una colonia italiana en África—, antes de regresar a Casarsa y adquirir la costumbre de escaparse en moto con desconocidos por las llanuras de la comarca. Con el tiempo Susanna sería la madre de Pasolini, y Enrichetta la del escritor Nico Naldini. De creer a este y a algún otro miembro del clan, los varones pintaban más bien poco en la familia y su memoria se ha disuelto en el olvido. ¿Qué ocurrió allí? Un fenómeno mucho más habitual de lo que el actual revisionismo de género está dispuesto a admitir. Invariablemente aquellos hombres eran atraídos por la órbita de las mujeres Colussi, quienes los llevaban al altar y luego los «capturaban» o «descafeinaban» para siempre. Incluso un tipo tan potente como el padre de Pier Paolo Pasolini sucumbió al embrujo de esas «magas» de Casarsa y no pudo liberarse de él. Simbólicamente estos hombres se confunden, como en la procesión de un carnaval friulano, con sus mujeres: varones con indumentarias femeninas, hembras con ropajes masculinos. El mundo al revés. Esta fue la gran referencia afectiva del poeta, la dinámica familiar, el modelo.

Al principio las cosas no fueron nada fáciles para sus padres. Durante el noviazgo Susanna titubeaba, se hacía valer, hasta que comprendió que este juego clásico estaba condenado al fracaso, entre otras razones porque el tiempo iba pasando como una condena. Hay indicios para pensar que aceptó casarse con el conde por cuestiones esencialmente prácticas, pero también porque Carlo Alberto de algún modo la «forzó» con su ímpetu sexual. De hecho hubo un antecedente: durante el vínculo prematrimonial que duró años, tuvieron un hijo que falleció a los pocos meses llevándose a la tumba los ecos del escándalo. Este dato es determinante porque nos habla de la tiranía pasional del conde, un apetito carnal explícito que iba a dejar honda huella en la infancia de Pasolini. Varios años después del nacimiento del niño, la madre aprovecha unas vacaciones en Riccione para sincerarse con su marido. Le escribe por carta:

No sé por qué tengo este insomnio. Algunas noches estoy tan excitada que me entran ganas de tirarme por la ventana. ¿Será una suerte o una desgracia que me invada este deseo? Te dejo a ti la ardua sentencia. Esta excitación me viene sobre todo cuando pienso en ti, en qué harás, en

cómo te comportarás. Si me he vuelto tan antipática contigo, como repites a menudo, es debido a mi incapacidad para encontrar recursos contra tu disgusto.

Debajo de estas palabras se expresan algunas cosas y se ocultan otras: seguramente es el testimonio velado de una mujer que ha sido forzada o violada, algo demasiado frecuente en la época. El conflicto surge además porque el «violador» fue su novio y luego su marido, el padre de esos hijos breves que terminan en la tumba o de esos otros que siguen jugando en el jardín de la vida. En todo caso el comportamiento del quinto conde de la Onda causó una profunda grieta que no se cerró nunca y que fue semilla de la discordia en el matrimonio. Es preciso añadir que la sociedad heteropatriarcal de la época hacía inviable cualquier tipo de reclamación por parte de la víctima, de modo que la madre de Pasolini se tomó cumplida venganza, como luego veremos. Solo hay un problema: aunque la venganza es un plato que se sirve frío, si se sirve en familia se convierte en la dieta emocional casi exclusiva del nido familiar.

Finalmente, el 22 de diciembre de 1921 la pareja contrajo matrimonio en Casarsa. En el fondo no les quedaba otra alternativa, porque ella estaba embarazada de siete meses de Pier Paolo y ya no tenían valor de enfrentarse a un segundo escándalo. Las peculiares características de esta unión generaron en Susanna Colussi un profundo sentimiento de rencor hacia el marido. Casi todo había acontecido contra su voluntad: la pérdida de un gran amor adolescente, los anhelos impetuosos del conde, el embarazo indeseado del primer hijo, su muerte a los pocos meses, el segundo embarazo no deseado, la boda a la fuerza. Luego vendría una vida de cambios constantes a causa de la carrera militar de su esposo. Entretanto se produjo el nacimiento de ese hijo que habría de ser poeta y que vislumbró su destino en estos versos que resuenan a maleficio:

Tú bajarás al mundo
y serás ingenuo y amable, fiel y equilibrado,
tendrás una infinita capacidad para obedecer
y una infinita capacidad para rebelarte.
Serás puro.
Por eso te maldigo.

Los primeros recuerdos de la vida son visuales. En la memoria, la vida se convierte en una película muda. Todos nosotros tenemos en la mente una imagen que es la primera o una de las primeras de nuestra vida. Esa imagen es un signo, y como tal signo expresa o comunica algo. En un breve texto autobiográfico publicado poco antes de su muerte, *Gennariello*, el poeta escribió sobre esa imagen auroral:

La primera imagen de mi vida es una cortina blanca y transparente, que cuelga inmóvil ante una ventana que da a una calleja más bien triste y oscura. Esa cortina me angustia y me produce terror, pero no como algo amenazador y desagradable, sino como algo cósmico. En aquella cortina se reúne y toma cuerpo todo el espíritu de la casa donde nació. Era una casa burguesa.

Teniendo en cuenta que Pasolini fue el gran fustigador de la burguesía de su tiempo, esa cortina está diciéndonos algo: los miedos y angustias de la infancia nos acompañan a lo largo del camino, nos modelan el carácter, impulsan secretamente nuestras acciones. ¿Qué significa esa cortina blanca? ¿Es el umbral trémulo que separa el mundo burgués del padre y la oscura vida de afuera? ¿Podemos explicar esta vida que ahora comienza como una gran peripecia humana destinada a saltar de un mundo a otro, de intentar comprender ambos y asumirlos como una unidad? El hecho cierto es que Pasolini rara vez se sintió a gusto a este lado de la habitación; por eso aprendió a acercarse a aquella cortina, a combatir el terror cósmico, a bajar a la calleja triste, tan triste como la miseria y tan oscura como el sexo. Y al final encontró allí la muerte. Fuera de casa.